

Reescrituras de la historia: China en las estrategias discursivas de la historiografía occidental



DAVID MARTÍNEZ-ROBLES

Zhina o el imperio que jamás existió

Son miles las obras que se han escrito y publicado sobre el imperio chino y su milenaria historia. La inmensa mayoría de ellos considera que la fecha inaugural de este imperio se sitúa en el año 221 a. C., cuando el rey de Qin venció a los distintos estados que hasta entonces existían y sentó las bases que acabarían conformando el desarrollo de la historia de China. A pesar de la ambivalencia de la figura del Primer Emperador, indefectiblemente se destaca el esfuerzo unificador y fundacional de sus medidas: el impulso centralizador de su administración, la implantación de un sistema unificado de pesos y medidas, monedas o incluso de la distancia entre ejes de los carros, la edificación de una gran muralla a partir de las existentes en los distintos reinos, un sistema radial de carreteras que confluía en la capital, constituida como eje vertebrador del imperio, la unificación de los códigos de escritura, etc. Por todo ello, Qinshi huang es unánimemente reconocido como el fundador del imperio chino.

Ahora bien, esta verdad casi canónica no es tan evidente e indudable como su aparente universalidad sugiere. Al menos en sentido estricto. Y es que, de hecho, la única entidad política que a lo largo de la historia ha existido con el nombre de *Imperio de China* (*Zhonghua diguo*) data del siglo XX y se prolongó sólo por 102 días –incluyendo las fechas de establecimiento y abolición–, de los cuales, su único emperador, Hongxian, ocupó el trono durante sólo 82 días. El Emperador Hongxian –cuyo nombre personal era Yuan Shikai– había sido previamente el segundo presidente de la República de China, primera entidad política que formalmente incluyó el término *China* (*Zhonghua*) en su denominación oficial, en enero de 1912. Es decir, el país habitualmente conocido como *Imperio Chino* en realidad no existió nunca. Es un constructo que sólo en el mundo contemporáneo tomó carácter universal.

Aunque se trate aparentemente de una cuestión únicamente nominal, las consecuencias no lo son. Buena parte de los discursos contemporáneos sobre la nación china –que representan un elemento esencial en la vida política e intelectual de la China actual– se articulan a partir de la idea de la continuidad histórica del imperio chino y la presunción de que China ha sido durante milenios un mismo país y una

misma nación. Sin embargo, el nombre de los diferentes Estados (habitualmente conocidos como dinastías) que han existido en territorio chino a lo largo de la historia se ha caracterizado por una voluntad expresa de no mantener la misma denominación que sus predecesores; en otras palabras, voluntad de mostrarse como una entidad distinta no sólo *de facto* sino incluso nominalmente, exceptuando los casos de usurpaciones e interregnos, tras los cuales se restaura la dinastía que hasta ellos había reinado.¹ No se trata, por tanto, de simples cambios dinásticos —como los ha habido en Europa—, sino de la pretensión de fundar un nuevo Estado, cuyo nombre no guarda ninguna relación con el precedente.

Significativamente, uno de los funcionarios que integraron la primera embajada oficial de China en Europa (1871), cuando fue interpelado sobre el motivo de que los chinos llamasen a los europeos «demonios extranjeros» en lugar de emplear los nombres de los distintos países, respondió preguntando el motivo de que los extranjeros,

sigan insistiendo en llamar a mi país ‘China’, ‘la Chine’, ‘la Cina’, ‘Shina’, etc., a pesar de que, tras décadas de intercambios diplomáticos y comerciales entre el este y el oeste, saben que mi país se denomina *Da Qing Guo* [Gran país de los Qing] o *Zhonghua* [los Estados florecientes del centro]. ¿En qué se basan los occidentales para llamar a mi país de ese modo?²

A tenor de lo expuesto, y teniendo en cuenta que las fronteras de los distintos imperios ubicados en lo que actualmente denominamos *China* han fluctuado enormemente, la unidad histórica de la región podría ser como mínimo puesta en duda. Por ejemplo, territorios fundamentales para la concreción de la idea de China, como la cuenca del Río Amarillo, considerada popularmente cuna de la civilización china, han llegado a quedar fuera del control de algunos de los múltiples Estados chinos que han existido: así ocurrió durante la dinastía Song, especialmente durante el período Song del Sur (1127-1279), cuando la frontera de China estaba fijada en el Río Huai, e incluso durante algún período en el Yangzi, con lo que la región del Río Amarillo quedaba muy lejos de sus fronteras.

Lo mismo cabe decir de la representación de la historia china que tiende a considerar los períodos de desunión como una excepción y las conquistas completas del territorio chino por parte de pueblos extranjeros como una muestra de la fortaleza cultural de China, en tanto que esos pueblos, fruto de su necesidad de adaptarse a las formas de gobierno chinas que asimilaron, acabaron aparentemente sinizados. Pocos manuales hacen hincapié en el hecho de que, desde la fundación del primer imperio de Qingshi huang en el año 221 a. C., la unidad de los territorios chinos se quebrantó en diversas ocasiones, por un total de más de cinco siglos —por lo general someramente resumidos en esos manuales—, o que estuvieron bajo el control de pueblos extranjeros durante más de tres siglos y medio. Tomar en consideración estos datos podría suponer arrojar una sombra sobre la idea apenas desafiada de la continuidad de la esencia china, especialmente en aquellos momentos en los que la integridad política, cultural y física de China quedó como mínimo erosionada.

La siguiente tabla intenta mostrar hasta qué punto unos simples datos numéricos pueden arrojar alguna sombra sobre la idea que tradicionalmente tenemos de China como entidad histórica. Se ofrecen los años en los que aquello que denominamos China ha permanecido como (I) un territorio unificado bajo control de la etnia Han –la considerada propiamente china–, (II) un territorio bajo el control de pueblos extranjeros (es decir, de etnia no Han) y (III) un territorio sin unidad política.

Tabla 1. Periodos de unión, desunión e invasión extranjera desde la dinastía Qin (221 aC) a la Qing (1911)

	Total años	%
I. Periodos de unidad territorial*	1.261	59,1
II. Invasiones extranjeras	356	16,7
III. Periodos de desunión**	515	24,2
Total	2.132	100,0

(Fuente: elaboración propia)

* No he contabilizado en este epígrafe los períodos en que los territorios chinos quedaron unificados bajo un poder extranjero.

** En el cómputo de los períodos de desunión se incluye la dinastía de los Song del Sur, que cedió los territorios del norte (cuenca del Amarillo) a otros estados no Han, pero no la de los Song del Norte, ya que a pesar de que esta última estuvo bajo continua amenaza de otros estados del norte, mantuvo un control administrativo eficaz de una parte de las regiones de la cuenca del Río Amarillo.

Como se puede observar, atendiendo únicamente a los números, sólo durante el 59,1% de su historia imperial ha sido China una entidad política unificada bajo control Han. Durante el 40,9% restante, ha sido un territorio en el que han coexistido múltiples entidades políticas y/o ha estado bajo el control de otros pueblos no Han. No obstante, las cifras podrían ser aún más clarificadoras (tabla 2) si en el cómputo se incluye el Periodo de los Reinos Combatientes (476-221 a. C.), momento de desunión en el cual, no obstante, habían quedado ya establecidas las bases culturales antiguas que en muchas ocasiones se esgrimen para defender la unidad cultural de China a lo largo de la historia (escritura, textos clásicos, confucianismo, etc.). En este caso, la ratio entre ambos tipos de períodos sería de 52,8 a 47,2%.

Tabla 2. Periodos de unión, desunión e invasión extranjera desde el Periodo de los Reinos Combatientes (476 aC) a la dinastía Qing (1911)

	Total años	%
I. Periodos de unidad territorial	1.261	52,8
II. Invasiones extranjeras	356	14,9
III. Periodos de desunión	515	32,3
Total	2.387	100,0

(Fuente: elaboración propia)

Como es evidente, se trata de cifras y porcentajes que *per se* nada aportan al conocimiento de la historia de China. Aún así, las reflexiones sobre qué es o ha sido China han frecuentado a lo largo de la historia, y de hecho subyacen en debates de actualidad, como por ejemplo el de los valores asiáticos y/o chinos. La definición de *China* o *lo chino* no es unívoca ni ideológicamente neutra. El pensador neoconfuciano Tu Wei-ming (1994), por ejemplo, distingue diversas formas de comprender este término y argumenta que tiene una base no política, ni territorial, ni étnica, sino básicamente cultural, lo que lo convierte en un término dúctil y maleable, adaptable a las circunstancias. Significativamente, no existe en lengua china ninguna traducción para el sustantivo *China* –históricamente relevante en alguna de sus diversas formas desde hace siglos en la mayoría de lenguas occidentales– que incluya todos sus significados: en chino se distingue entre *zhongguo*, *zhonghua*, *hua*, *huaxia*, etc., todos ellos complementarios pero ninguno con la misma capacidad de aglutinación semántica que nuestro *China*. De ello fueron conscientes algunos intelectuales chinos que se enfrentaron con esta palabra en el pasado, tal como lo muestra el testimonio del diplomático chino citado más arriba. Existen casos aún más evidentes.

A inicios del siglo XX, algunos estudiantes y jóvenes intelectuales chinos reconocieron la novedad que representaba el término. Ningún concepto existente entonces en la lengua china tenía la misma fuerza que aquel constructo occidental. En un contexto renovador de crítica a la cultura tradicional –que según su perspectiva era la responsable última de la profunda crisis en que se encontraba entonces China–, estos jóvenes intelectuales llegaron a (re)acuñar un neologismo que debía ser capaz de condensar toda la polisemia de la voz inglesa *China*.³ De este modo, a través del japonés crearon el término *Zhina* (Liu, 2004, 78-79). Durante los primeros años de la República de China, el término tuvo una cierta difusión, como traducción del *China* de las lenguas europeas, a pesar de que a finales de la tercera década de siglo XX entra en desuso por cuestiones políticas. En cualquier caso, la creación de *Zhina* muestra que la representación que se esconde bajo el uso de *China* era, en esa época, ajena al menos en parte a la realidad a la que designaba.

La representación histórica de la unidad y la continuidad de China tiene repercusiones palpables de muy diverso tipo, algunas de ellas de gran actualidad. Por ejemplo, buena parte de las alegaciones oficiales sobre la legitimidad de las pretensiones chinas en el Tíbet se basan en consideraciones territoriales e históricas (nunca culturales). Ahora bien, una representación alternativa de la historia china podría sostener que, cuando el altiplano del Tíbet entró en la órbita china, durante la dinastía Yuan, lo hizo como un territorio bajo el control del mismo conquistador (el imperio mongol) que también controlaba el territorio chino; o que en el momento de máxima influencia china en esa región, durante la dinastía Qing, de hecho la totalidad del territorio chino estaba dominado por un pueblo extranjero, los manchúes, que fueron los que en realidad en ese momento consiguieron influenciar de manera decisiva en el Tíbet.⁴

Existen argumentos sólidos para responder algunos de los razonamientos que he expuesto y que permitirían defender los postulados contrarios. En cualquier caso, mi intención no es en ningún caso poner en duda los indiscutibles elementos de continuidad (bases intelectuales, formas de organización política, tecnologías culturales, etc.) que nos permiten hablar con propiedad de China y de su historia, sino más bien señalar que incluso lo más asentado y aparentemente indudable –en este caso la misma existencia de China como objeto histórico, tal como se la concibe tradicionalmente– puede ser sometido a análisis, y de hecho exige una reflexión crítica: la problematicidad que se esconde tras el concepto *China* es uno de los muchos elementos que intervienen en la formación de las representaciones discursivas que determinan nuestra manera de aproximarnos a la historia de Asia oriental. Muestra de ello, la historia de China, por motivos que mencionaré a continuación, incluso en algunos de los aspectos más fundamentales, es objeto de debates abiertos que están todavía lejos de resolverse. Una parte destacada de la historiografía contemporánea está llevando a cabo un proceso de análisis, reflexión y relectura de lo que ha sido la historia de China y cómo ésta ha sido representada en la obra tanto de los historiadores occidentales como de los de Asia oriental. Partiendo de la formación de las primeras representaciones que existieron en el mundo occidental sobre la historia de China, en los próximos apartados intentaré mostrar el camino que estos debates han seguido en las últimas décadas.

La génesis del discurso histórico sobre China

En el imaginario europeo, China fue desde el periodo medieval un imperio de características míticas. Convertida en la máxima representante del llamado *Extremo Oriente*, ya Marco Polo definió algunos rasgos que permanecerían inalterados durante siglos en la representación europea del mundo chino: el lujo y el refinamiento, la cultura del exotismo, el carácter misterioso de las mujeres, los ingenios e inventos inauditos..., hacen de China un mundo desconocido, lejano y misterioso, pero al mismo tiempo admirado y atractivo, como sugiere uno de los títulos de la obra del veneciano, *El libro de las maravillas*.⁵ La falta de contactos directos entre los dos extremos del continente euroasiático –como consecuencia de la caída del imperio mongol, que había conseguido unificar este extenso territorio– contribuyó a la reificación de estas ideas. El exotismo, el misterio o el lujo se predicarán no sólo de China o los países de Asia, sino también de todo aquello que se extiende al este del Mediterráneo, un punto nunca determinado que se convierte en la frontera que divide el mundo conocido de la realidad imaginada.

El siglo XVI significará un punto de inflexión en esta tendencia: la ruta portuguesa que había llevado a Vasco de Gama hasta la costa de la India, rodeando el continente africano, y que continuará hasta los puertos de Japón y China pondrá en contacto nuevamente Europa y Asia oriental. Y por este camino, que se complementará con el que los españoles abrirán por América y las Filipinas, circularán no sólo mercancías

y plata. También las ideas y las creencias se convertirán en beneficiarias de las rutas transoceánicas. Durante casi dos siglos, las misiones católicas actuarán como máximo exponente de las relaciones entre el imperio chino y Europa. Los misioneros, especialmente los de la Compañía de Jesús, se convertirán en agentes interculturales de máximo nivel, hasta el punto de que algunos de ellos obtendrán cargos de privilegio –como mínimo simbólico– y conseguirán introducirse en la corte del emperador como astrónomos, ingenieros o pintores.⁶

De esta manera, ofrecerán a China la cara más amable del mundo europeo, la de las artes y las ciencias, que utilizarán como reclamo para difundir la doctrina cristiana entre los intelectuales chinos. Y al mismo tiempo transmitirán a Occidente una mirada benévola y amable del mundo chino, interesados en justificar su misión y su método. Los jesuitas creían que la manera más efectiva de introducirse en el mundo chino pasaba por convertir primero a sus gobernantes a la causa cristiana; que acto seguido el pueblo también se convirtiera sería sólo una cuestión de tiempo. Y, para conseguirlo, había que adaptarse a una cultura elaborada y compleja como la china. Así, abandonaron sus hábitos religiosos para adoptar los trajes ceremoniosos de los funcionarios chinos, aprendieron la lengua culta, estudiaron la historia china y analizaron y tradujeron los clásicos confucianos. No debe sorprender, pues, que los tratados que escribieron sobre el mundo chino estén profundamente documentados y que, además, a menudo retraten la realidad de Asia oriental con términos sinceramente elogiosos. El confucianismo, por citar un ejemplo que no por conocido deja de ser sintomático, llegó a Europa transformado en una filosofía moral que anticipaba los valores del cristianismo, idea que fue muy bien recibida entre algunos intelectuales del siglo XVII que comenzaban a predicar la necesidad de una religión natural fuera del dominio de la Iglesia y que vieron en el pensamiento chino una fuente de inspiración (Zhang, 1988, 118).

Esta percepción dio nacimiento al pensamiento sinófilo del siglo XVII y primera mitad del XVIII, que contaba con representantes de la talla intelectual de Leibniz, Wolff, Rousseau, o Voltaire, quienes en sus obras alabaron aspectos muy diversos del mundo chino, como la lengua, el sistema político o la educación. China se convierte en sus obras en un país gobernado por un rey filósofo asistido por unos letrados que son seleccionados teniendo únicamente en cuenta su categoría intelectual y moral. El respeto por las leyes, la tolerancia ante las ideas y la excelencia política son virtudes que eclipsan las carencias –que, no obstante, no pasan inadvertidas por algunos de estos pensadores–. Ahora bien, en la segunda mitad del siglo XVIII, las circunstancias cambiarán radicalmente, tanto en Europa como en Asia oriental, y la representación occidental del mundo chino experimentará un giro radical.

Por un lado, el método jesuita de acomodarse a la cultura china será fuertemente criticado por las otras órdenes, dando lugar a lo que se conoce como *disputa de los ritos*: la Compañía de Jesús acabará disuelta por el papado, y las órdenes católicas menos transigentes, expulsadas por el emperador chino. Al mismo tiempo, en Europa, las

ideas del racionalismo dejarán paso a la cristalización del pensamiento ilustrado de la modernidad, con su fe en el progreso. Figuras como Leibniz o Voltaire se habían preocupado por mostrar la universalidad de la razón, y China era un testimonio de excepción de sus planteamientos. Pero los ilustrados europeos a partir de la segunda mitad de siglo XVIII someterán a China a sus ideas sobre el progreso histórico: la estabilidad que antes había sido interpretada como una muestra de las virtudes de su sistema político pasará a ser considerada desde mediados de siglo XVIII un indicio de su falta de evolución y modernidad.⁷

Una de las formulaciones más clásicas de este pensamiento sinóforo la incardina J. G. Herder, que en sus *Ideas para una Filosofía de la Historia de la Humanidad* (1787) caracterizó al imperio chino como «una momia embalsamada pintada con jeroglíficos y envuelta con seda; su ciclo interno es como la vida de los animales que hibernan durante la estación fría» [XIV: 13].⁸ Según la perspectiva de Herder, la china es una cultura que no ha evolucionado desde hace siglos, el vestigio de un pasado remoto, un país sin presente, como los jeroglíficos egipcios, que pertenecen a una cultura muerta. Y será esta visión estereotipada la que resonará, reproducida y matizada, en la obra de la mayoría de intelectuales europeos de finales del siglo XVIII y durante todo el XIX, desde Adam Smith a Marx. No obstante, quien mejor la definirá será Hegel en sus *Lecciones de Filosofía de la Historia* (1840), en la que dedicará una sección completa a China.

Hegel considera que China representa el momento inicial de la historia de la humanidad, en una formulación que podemos señalar como uno de los cimientos intelectuales de la representación orientalista de Asia: «la historia universal transita de Oriente hacia Occidente, ya que Europa es justamente el destino de la historia universal, a la vez que Asia es su comienzo» (1989, 118). Y añade:

Vemos a China desarrollarse y alcanzar ya muy pronto el estado en que hoy se encuentra; pues [...] queda excluida toda mutabilidad, y lo estático, que siempre reaparece, substituye a lo que podríamos llamar lo histórico. China y la India quedan aún, por así decirlo, fuera de la historia universal, como presupuesto de los momentos cuya conjunción viene a constituir el vivo progreso histórico (1989, 131).

Con Hegel quedan claramente definidos los mecanismos de representación del mundo chino y Asia oriental que se mantendrán vigentes durante muchas décadas: China es considerada un imperio que queda fuera de los procesos históricos, sin evolución ni progreso, inerte, pasivo e incapacitado para asumir por sí mismo la modernidad de Occidente. Y es precisamente Occidente quien puede conseguir que ese imperio escape de esta letargia. El mundo occidental se convierte de esta manera en un factor –necesario y suficiente– para la transformación de los países de Asia oriental, hecho que se convierte en la justificación intelectual de las acciones coloniales de las grandes potencias euroamericanas en el Pacífico y Asia. Todos los textos que a partir de la segunda mitad del siglo XIX intenten analizar la historia moderna de China participarán de este paradigma epistemológico, que convierte al imperio

chino en un aprendiz de las lecciones civilizadoras de los países occidentales.⁹ China –y Asia oriental en general– es siempre descrita como la parte pasiva y femenina en la relación que mantiene con un Occidente civilizado y masculino (Guarné, 2005). Y es desde esta perspectiva que, en el contexto colonial del XIX, los chinos son descritos como inferiores y bárbaros, cerrados y xenófobos. Así los describe uno de los escasísimos textos del periodo publicados en España sobre China, que anuncia el estereotipo de Fu Manchú que la literatura primero y el cine después alimentarán durante décadas (Álvarez Tejero, 1857, 93-94):

Su carácter [de los chinos] en la apariencia es muy afable, humano y modesto; en realidad son vengativos y crueles: son muy ceremoniosos, y corteses, y sobre todo observadores exactos de sus leyes, sobre lo cual se vela con mucha severidad: su genio y talento, vivos, espirituosos animados y penetrantes, y posee mas que ninguna otra nación el arte de disimular sus sentimientos y deseo de venganza, guardando tan bien todas las apariencias de humildad que se los cree insensibles a todo género de ultrajes; pero si se les presenta la ocasión de destruir a su enemigo, se aprovechan de ella con ahínco y precipitación hasta lo sumo.

Aún así, existirán voces críticas con las acciones coloniales en Asia oriental, que intentarán superar esta visión fuertemente eurocéntrica, e incluso racista, y durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX se percibe un esfuerzo por hacer de China un objeto de estudio académico. La Universidad de Oxford, por citar un ejemplo insigne, ofrece en 1876 las primeras clases de lengua china.¹⁰ El profesor inaugural será James Legge, misionero protestante que encabezó un proyecto ambicioso de traducción de los grandes clásicos chinos y que es la encarnación de la figura del erudito occidental que se acerca con honestidad y apasionamiento a la cultura china.¹¹ Estos primeros sinólogos, aunque aparentemente no participan de manera activa en el colonialismo intelectual que definió Edward Said (1978), asumen las categorías epistemológicas que articulan el discurso colonial de la época en que vivieron. Es significativo, por ejemplo, que la reputada traducción de Legge de los clásicos chinos contara con la financiación de Joseph Jardine, miembro de uno de los clanes de comerciantes británicos más importantes que encontramos en la China del XIX, cuya fortuna estaba directamente vinculada con el lucrativo negocio del opio.¹²

Estos expertos en el mundo chino, de los cuales Legge es sólo un ejemplo, asumen una doble función de representación: por un lado, se convierten en los embajadores autorizados en Occidente de la civilización china, portavoces y a menudo defensores de los principios culturales que ellos extraen del mundo chino, aunque, por el otro, lo hacen siempre aferrados a su propio posicionamiento casi pedagógico, como estandartes de los ideales ilustrados occidentales.

El estudio de la historia china durante las primeras décadas de siglo XX estará en manos de estos sinólogos –fundamentalmente misioneros, diplomáticos y funcionarios– que han conocido el mundo chino personalmente; es decir, en manos de representantes más o menos bien intencionados de las potencias imperiales en Asia.

Se trata de una historia claramente centrada en las acciones de los países occidentales en el mundo chino, que son interpretadas, aunque a menudo críticamente, como el desencadenante que permitió a China entrar en la modernidad, presuponiendo la superioridad tecnológica y científica de Occidente, el cual emerge como modelo civilizador y pedagógico. Se buscan en la historia china los mismos procesos históricos que han afectado a los países occidentales: por eso, estos historiadores reflexionan sobre el no desarrollo en China de una revolución industrial similar a la europea o sobre los motivos de la falta de formas de organización económica de orientación capitalista. Occidente se convierte, pues, en la norma y la medida del progreso histórico, y en esta perspectiva comparativa la historia china presenta todo de carencias y anomalías en su despliegue.¹³ A pesar de todo, sin embargo, este paradigma, que podemos denominar *imperialista*, hace de China un objeto histórico de pleno derecho, y supera por lo tanto el pensamiento sinófono que todavía en estas primeras décadas de siglo XX podemos encontrar en algunos autores.

La apología del imperialismo y el enfoque sociocultural

A partir de la Segunda Guerra Mundial empieza a surgir una nueva generación de historiadores totalmente profesionales, educados en universidades modernas de los Estados Unidos y Europa, con una formación en la disciplina mucho más sólida y cabal, que es lo que impulsa el desarrollo moderno de la historia de China y Asia oriental. Sin embargo –y a pesar de que los archivos chinos empiezan a ser objeto sistemático de estudio, se aplican métodos científicos de análisis de textos y se introducen metodologías comparativas de investigación menos eurocéntricas–, el énfasis continúa centrado en el papel de las agresiones occidentales en China. Toda la historia china tiende a interpretarse teniendo como referencia este acontecimiento concreto, estudiando especialmente el impacto que provocó la modernización impuesta por los países euroamericanos –que son considerados un fermento necesario para la activación de la historia china– en las sociedades tradicionales de Asia oriental, aunque se critican explícitamente algunos aspectos del imperialismo occidental. De hecho, conceptos como los de *cambio* y *transformación*, auténticos emblemas de la modernidad ilustrada, adquieren para los historiadores de este momento un valor cultural extraordinario, sobre el cual orbita toda su investigación y la interpretación de la historia china. Ello tiene un efecto perverso, ya que muchos aspectos de la historia de la sociedad china que no tienen relación alguna con las agresiones coloniales de las naciones occidentales desaparecen de la reflexión histórica y, por lo tanto, son implícitamente negados. En este contexto historiográfico hay que situar la figura de John K. Fairbank (1907-1991), el más destacado historiador de China desde mediados de los años 1940 y hasta los años 1980, un largo periodo en que la historia china moderna se significa a partir de la cuestión de su respuesta a las agresiones occidentales. En 1989 reeditó una versión revisada de su obra *China. Tradition and Transformation*, publicada originalmente once años antes (en colabo-

ración con E. Reischauer). Cuando aludía a la significación de la Primera Guerra del Opio (1839-42), que representó la derrota de la China ante la armada británica y el inicio del dominio semicolonial europeo sobre importantes áreas de la soberanía china, comentó Fairbank (1989, 277):

Cuando la Gran Bretaña exigió la igualdad diplomática y comercial, lo hizo *en representación del mundo occidental*, que más tarde o más temprano habría exigido las mismas cosas si la Gran Bretaña no lo hubiera hecho. Fue un *accidente de la historia* que los dinámicos intereses comerciales británicos en China no se limitaran al té y se extendiesen hasta el opio. Si el interés principal de los chinos hubiera continuado siendo el algodón indio, o si en cualquier caso no hubiera existido en China de finales de la dinastía Qing un mercado para el opio, como había pasado en periodos anteriores, no habría existido una «guerra del opio». Pero muy probablemente se habría producido algún tipo de guerra sino-estrangera, teniendo en cuenta el *irrefrenable vigor* de la expansión occidental y la *inercia inamovible* de las instituciones chinas. [Las cursivas no están en el texto original.]

A pesar de que este texto está escrito un siglo y medio más tarde que las obras de Herder o Hegel, que el estado de las investigaciones sobre China había evolucionado extraordinariamente, Fairbank de manera implícita asume algunos de los principios –la inmovilidad y la inercia del mundo chino, contrapuestas al vigor de Occidente, la imposibilidad de eludir el conflicto, la comunión de los intereses occidentales, la incapacidad de respuesta de China– que, como hemos vistos en apartados anteriores, son el corolario último de una tradición intelectual que tiene su origen en el pensamiento ilustrado y el expansionismo de los grandes imperios europeos.

Este tipo de enfoque presenta diversas problemáticas. Por una parte, se reserva para Occidente un papel activo, contrapuesto a una China sólo reactiva. Es decir, aunque no se trata ya de la realidad pasiva de que hablaban los ilustrados del XIX, se sigue negando a China la posibilidad de actuar por sí misma, sin el estímulo de Occidente. Además, tal como se representa en el texto, Occidente se concibe como una entidad reificada, un bloque homogéneo, una especie de enjambre cultural transnacional que comparte unos objetivos únicos y una misma empresa colonial, con lo que se olvida a menudo su complejidad espacial y temporal. Al mismo tiempo, de manera similar, China es en la obra de los historiadores de este momento un constructo, una abstracción simplificadora que margina la excepcional diversidad del mundo chino, hecho que pone en duda la validez de buena parte de las generalizaciones que se proyectan sobre él. Ello explica que en el discurso histórico que se desarrolla en estas décadas, un número importante de los procesos históricos que afectan a la historia moderna de China pasen desapercibidos y no sean objeto de estudio de los historiadores, simplemente porque no guardan relación con la presencia de los países extranjeros en la costa china. Incluso se interpretan como reacción a las acciones occidentales algunos acontecimientos que en realidad fueron una evolución de fuerzas y procesos internos que tienen su origen en un periodo muy anterior a la llegada de las potencias extranjeras a China.

En este enfoque, los aspectos culturales, intelectuales e incluso psicológicos tienen un peso específico tan desorbitado que, con demasiada frecuencia, marginan los factores políticos o económicos (que en definitiva son los fundamentales en las investigaciones históricas sobre los países occidentales). Se asume que la cultura tradicional china –que en ese momento es casi sinónimo de confucianismo– no sólo ha sido el freno que ha impedido la modernización de China desde dentro, sino que además se configura como la responsable de la supuesta actitud de cerrazón, rechazo o, como mínimo, resistencia a la influencia y la modernización llegada de occidente. Las cuestiones políticas o económicas quedan relegadas, pues, a un segundo término. Este enfoque sociocultural, como a menudo se lo denomina, no deja de ser una forma académica y sublimada de orientalización de las culturas asiáticas de que nos habla Said: China es diferente *per se*, una entidad ontológicamente diferenciada, por definición no occidental, y por ello las categorías con las que hay que analizar y comprender el mundo chino son específicas e inherentes a él mismo, radicalmente diferentes a las que se aplican a otras realidades históricas. Eso explica para estos historiadores que el contacto con occidente haya sido inevitablemente antagónico, y no a causa de diferencias políticas; se trata más bien de una confrontación cultural entre el universalismo europeo y lo que en esta representación del mundo chino se entiende como sinocentrismo. El enfrentamiento armado era ineludible, según veamos más arriba en la cita de Fairbank, hecho que a su vez sirve como justificación de las acciones del imperialismo en el Pacífico occidental.

Los años 1970 representaron un desafío a estos planteamientos, con la aparición de una nueva generación de historiadores, especialmente en los EE.UU., que pone en duda algunas de las asunciones de la historiografía dominante sobre China. Las primeras voces críticas se centran en denunciar esta «apología del imperialismo»,¹⁴ en el contexto de las protestas por la guerra del Vietnam y la aparición de una conciencia crítica que no sólo no se preocupa por los hechos históricos, sino también por como éstos son leídos, interpretados y articulados.¹⁵ La figura del historiador –en tanto que sujeto que cuestiona– toma una relevancia que hasta entonces no había sido explicitada: los hechos no son objetivos, incuestionables y trascendentes, sino algo problemático y sujeto a la interpretación de quien los analiza. Fruto de esta evolución, la historiografía a partir de los años 1980 seguirá una senda muy distinta, menos segura y categórica.

La historia de China actualmente se ha alejado –y mucho– de las grandes narrativas de hace tan sólo unas décadas, cuando menos a nivel teórico. Por una parte, el historiador está obligado a actuar con la cautela que la diversidad histórica y regional del mundo chino exige. Metodológicamente hablando, presenta muchos problemas extrapolar aquello que la investigación pone de manifiesto de una región china a otras regiones. Y esta regionalización de la historia, que deja de estar basada en las divisiones administrativas tradicionales, tiene también una dimensión temporal:

aquello que se afirma de un periodo histórico concreto no se puede afirmar *per se* de otros momentos históricos, como indefectiblemente habían hecho buena parte de los historiadores hasta hace pocas décadas.¹⁶ Eso representa un reconocimiento mucho más amplio del dinamismo de la vida intelectual, social, política y económica de China en todos los periodos. Un ejemplo nos permitirá comprenderlo: cuando los historiadores se habían planteado los motivos que explicaban el estallido de las guerras del opio, siempre se había concebido la clase intelectual y funcional china como un grupo homogéneo de representantes del pensamiento confuciano o neoconfuciano más ortodoxo, supuestamente hostil a cualquier cambio en el sistema político y administrativo chino. Las investigaciones de los últimos años, han mostrado, en cambio, que entre los intelectuales chinos del periodo existían facciones y partidos muy contrastados que, al mismo tiempo, ponen de manifiesto que aquello que nosotros llamamos *confucianismo* es un proyecto político, filosófico e intelectual que no se deja atrapar por las categorías que los analistas occidentales –partiendo de la caracterización que hicieron los misioneros jesuitas que lo presentaron en el mundo europeo por vez primera en los siglos XVI y XVII– han querido aplicarle.¹⁷

Una historia crítica de China

Ahora bien, una cosa es la crítica a la apologética imperialista y el enfoque socio-cultural, o el reconocimiento de la diversidad temporal y espacial de China, y otra muy distinta es conseguir superar la problematicidad del discurso histórico sobre el mundo chino. Por eso, más allá de la tendencia revisionista de los años 1970 y 1980, en las dos últimas décadas han existido diversas propuestas, algunas más coherentes que otras, que han intentado sustituir los viejos paradigmas que habían marcado el desarrollo de la historiografía durante casi dos siglos por nuevas fórmulas más válidas para acercarse a la historia de China.

Una de las primeras la formuló el historiador norteamericano Paul A. Cohen: propuso cambiar el enfoque de la historia de la China, hasta entonces centrada en la actuación de los países extranjeros en territorio chino, por lo que él define como una «historia centrada en China» (*China-centered history of China*). Se trata de una historia que pretende que el punto de partida sea China, no Occidente, y –a nivel epistemológico– que debe desplegarse empleando criterios autóctonos, no importados desde occidente (Cohen, 1984). La propuesta de Cohen es una reacción coherente que se ajusta al desarrollo extraordinario de los estudios locales de los años 1970 y 1980, y que reconoce el dinamismo y la diversidad del mundo chino. Proponer unos criterios derivados del mundo chino quiere decir plantearse, entre muchas otras cosas, la validez y la legitimidad de algunas de las categorías aplicadas al análisis de la historia china que, en realidad, tienen su origen en algunos procesos históricos exclusivos de los países occidentales, como las de modernidad o contemporaneidad. Ahora bien, con los planteamientos de esta «historia centrada en China» emergen algunas dudas metodológicas difíciles de resolver. Cohen rechaza explícitamente

las miradas externas a la historia de China, y de hecho establece precisamente esta distinción poco meditada de lo que son los enfoques externos e internos. Se trata de un planteamiento que no deja de tener una resonancia orientalista: China queda aislada de la historia universal, sigue pautas de desarrollo histórico claramente diferentes, que hay que conocer desde dentro, partiendo de la lengua y la cultura chinas. Es decir, a pesar de rechazar explícitamente el enfoque socio-cultural, llega a unas conclusiones similares que, en definitiva, no ayudan a romper con la alienación de la historia china.¹⁸

Otra de las tendencias que podemos encontrar en la historiografía desarrollada los últimos años apunta a la dirección contraria a la esbozada por Cohen y consiste en integrar la historia china en la historia mundial, no al servicio de ésta última, sino como una parte esencial. Se trata de entender la historia china desde una perspectiva amplia: China, especialmente en los cinco últimos siglos, no sólo ha participado de, sino que ha contribuido al desarrollo de algunos de los grandes procesos históricos de la humanidad. La obra del historiador y sociólogo Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age* (1998), es probablemente la más conocida dentro de ésta corriente integradora de concebir la historia. Para Frank, nuestra representación del mundo asiático debe superar el eurocentrismo que lo ha caracterizado durante siglos y aceptar el papel relevante que el continente asiático ha tenido en la historia del mundo; es decir, en sus propias palabras, la historia se debe «reorientar».¹⁹ Aunque la obra de Frank no es capaz de superar algunas de las premisas más básicas que el pensamiento ilustrado había empleado para acercarse al mundo chino (progreso, desarrollo),²⁰ ha sido una influencia importante en otros autores que tanto desde la historia china como desde una aproximación más global han intentado llevar a cabo este proyecto integrador.²¹ Se trata de obras que, en general desde una perspectiva de la historia económica, intentan mostrar la influencia que el mundo asiático ha ejercido en el europeo o, en algunos casos quizás no lo suficientemente circunspectos, incluso las raíces asiáticas de la civilización occidental. Siempre con la voluntad de desafiar los planteamientos etnocéntricos que tradicionalmente han dominado nuestra percepción de la historia. Desde la perspectiva de la historia china, la apuesta sin duda más madura dentro de este enfoque globalizador la ha realizado K. Pomeranz, que en su *The Great Divergence* ha apostado por una historia comparativa que parte de sólidos estudios locales y la concepción de lo que denomina «un mundo policéntrico sin un centro dominante» (2000, 4) para intentar responder algunas de las problemáticas que afectan la diferente evolución de Europa y China en el mundo moderno que han sido objeto de debate entre los historiadores durante décadas.

Ahora bien, esta perspectiva comparativa no está exenta de riesgos metodológicos. Aunque algunos de estos autores son conscientes de ello, otros caen en el error de intentar establecer correlaciones de una manera no suficientemente crítica; es decir, existe el peligro de buscar de forma apriorística en la historia china procesos y problemáticas que le son ajenos, o de los cuales como mínimo es pertinente cuestionarse su

legitimidad como base comparativa. Es decir, el peligro de caer en el mismo etnocentrismo –ahora más disimulado– que encontrábamos en los historiadores de la primera mitad de siglo XX. En todo caso, sin embargo, la recuperación de China y Asia en general para la construcción de una historia verdaderamente universal representa un paso adelante en la elaboración de una historia no excluyente e integradora.

Directamente vinculado con este rechazo de las formas de pensamiento eurocéntricas, en el cual la obra de algunos de los representantes de los estudios subalternos como Dipesh Chakrabarty o Ranajit Guha ha ejercido una influencia notable, otro de los giros historiográficos de las últimas décadas nos remite a la mayor sensibilidad de algunos historiadores de China ante las aportaciones metodológicas de otras disciplinas, como la sociología, la antropología, los estudios literarios, la ciencia política, etc. Sin duda el desarrollo de las ideas del postcolonialismo, la postmodernidad y los estudios culturales ha sido un factor clave en esta actitud, no siempre suficientemente equilibrada.²² Precisamente, algunas de las propuestas historiográficas más desafiantes han visto la luz en este escenario, que reflexiona sobre la articulación de conceptos como poder y dominación, imaginario, cultura y representación. Uno de los nombres que más destaca es el de Arif Dirlik, preocupado por cuestiones de carácter epistemológico que habitualmente no forman parte de la agenda de la mayoría de historiadores. Buena parte de las reflexiones de Dirlik orbitan en torno a los conceptos de progreso y modernidad: según este historiador, a pesar de la evolución crítica en las últimas décadas de una parte de la historiografía, no se ha producido un desafío radical a la representación teleológica de la historia heredada de la Ilustración europea. Para Dirlik, «es necesario repudiar esta teleología histórica en todas sus manifestaciones» e identificar «modernidades alternativas», no para caer en un retorno al impulso reificador del enfoque sociocultural (como hacía Cohen), enfoque que hay que superar de manera definitiva, sino para recuperar «trayectorias históricas que han sido suprimidas por la hegemonía de la modernidad del capitalismo» (Dirlik, 1997, 127). De hecho, según el mismo autor, no se podrá superar nunca, de manera completa, la influencia perturbadora del «eurocentrismo a menos que se desafíe de raíz la idea misma de desarrollo». No se trata de rechazar la modernidad *per se*, actitud que nos llevaría a una cierta autoorientalización, sino, reconociéndola, crear modernidades alternativas que superen las narrativas de la Ilustración que todavía dominan el día a día de los historiadores (Dirlik, 1996, 277-278).

Conclusiones

Un paradigma no es una simple propuesta teórica. Posee una dimensión epistemológica que le otorga toda su capacidad normativa. Se trata de un tamiz que delimita nuestras posibilidades de conocimiento: aquello que no se ajusta a las reglas que establece el paradigma no puede ser considerado, y por lo tanto no existe, no es histórico, como hemos visto que ha pasado con una parte de la realidad china durante siglos. Al mismo tiempo, la fuerza de un paradigma no se limita a una cultura o unas

fronteras. Delimita aquello que es verdadero y científico, tiene carácter universal, de manera que todo lo que tiene pretensiones de ciencia se tiene que acomodar al paradigma si no quiere quedar excluido. La historia de la China no es una excepción. Los paradigmas históricos que han dominado la tradición intelectual occidental se han acabado imponiendo a China como si de una forma más de imperialismo se tratara. Aunque en este artículo nos hemos limitado exclusivamente a la representación occidental de la historia china, hay que tener en cuenta que, para poner un ejemplo notorio, el pensamiento marxista que ha dominado el último medio siglo en las interpretaciones de los historiadores chinos ha acabado asumiendo algunos de los principios más básicos del enfoque imperialista del que es enemigo declarado: según la historiografía marxista china, sólo el Partido Comunista Chino consiguió acabar con el atraso y la falta de modernización de China, un atraso y una necesidad de modernización que son el mismo punto de partida del enfoque imperialista que hemos analizado. Al fin y al cabo, el marxismo está fuertemente arraigado en el pensamiento teleológico de la modernidad ilustrada europea.

Precisamente, consciente de la fuerza de los paradigmas historiográficos, entre otras propuestas, el mismo Arif Dirlik rechaza cualquier intento de establecer nuevos paradigmas que marquen y delimiten nuestro acercamiento a la historia china (y en general a la historia no euroamericana), ya que eso representa caer en los mismos errores y vicios que los historiadores han cometido durante todo el siglo XX. De hecho, desde el desarrollo de la historiografía crítica iniciada a finales de los años 1970, no ha aparecido ningún gran nuevo paradigma que haya sustituido los anteriores.

Que después de la aparición de una historiografía crítica no se haya impuesto ningún nuevo paradigma no significa, no obstante, que los viejos paradigmas hayan sido completamente superados. Ya hemos comprobado que algunos de los intentos de reubicar la historia china dentro de la historia mundial no han conseguido desprenderse de los planteamientos etnocéntricos, a pesar de su objetivo de construir un discurso marcadamente no eurocéntrico. Al mismo tiempo, muchas de las reflexiones teóricas mencionadas en las páginas anteriores han pasado inadvertidas por un grueso importante de historiadores, hecho que permite entender que muchos manuales que todavía hoy en día se publican sobre la historia de China se mantengan arraigados en las premisas de los viejos paradigmas teóricamente superados.

Nuestra representación histórica de China todavía debe recorrer un largo camino. Las reflexiones con que he comenzado este artículo sobre la misma idea que tenemos de China como objeto histórico son sólo un ejemplo de los diversos frentes por los que avanzan las discusiones de los historiadores y las repercusiones que éstas tienen en nuestra concepción general del mundo chino. Se trata de una historia que sólo muy recientemente se ha liberado del contexto ilustrado y colonial en que se comenzó a escribir y el fuerte enfoque etnocéntrico que la caracterizó durante décadas. Una historia que apenas ha comenzado a rescribirse.

NOTAS

1. Así ocurre con la dinastía Han tras el interregno de Wang Mang y la dinastía Xin que éste instauró (9-23) y que delimita el final de los Han anteriores y el inicio de los Han posteriores. Un caso similar es el de la dinastía Zhou (690-705) con la que Wu Zetian, única mujer en ocupar el trono imperial chino, estableció un paréntesis dentro de la dinastía Tang.
2. Citado en Liu (2004, 80).
3. El término existía en realidad desde hacía siglos. Sin embargo, cuando en el siglo XX reaparece, como préstamo del japonés, toma una mayor significación y asume mayor difusión. Sobre el uso del término a inicios de siglo XX, véase Fogel (1994).
4. Para una valoración reciente de las interpretaciones actuales de las relaciones entre China y el Tíbet y cómo éstas se basan en una construcción del siglo XX, véase Sperling (2009).
5. La obra de Polo ha sido publicada bajo diferentes títulos. El más habitual, *Il Milione* (1298), probablemente hace referencia a la tendencia del autor a afirmar que en China todo tiene un tamaño y se da con una abundancia extraordinarios, de todo hay «un millón», tópico que muchos de sus sucesores recogerán y que llegará hasta nuestros días.
6. Sobre la función de los misioneros jesuitas como mediadores interculturales, véase Golden (2000).
7. Sobre el paso del pensamiento europeo de la sinofilia en la sinofobia, véase Zhang (1988, 116-123) y Mungello (1999, 128-130).
8. Para un análisis de la representación de Herder del mundo chino, véase Goebel (1995).
9. Para un análisis de la historia de las agresiones coloniales euroamericanas en la China del siglo XIX desde su dimensión pedagógica y civilizadora, véase Hevia (2004).
10. En realidad, la primera cátedra de estudios chinos en Londres es bastante anterior y fecha de 1837, ocupada por Samuel Kidd. En Cambridge, en 1888 el exdiplomático e intérprete Thomas Wade se convertirá en el primero en enseñar lengua china. En Francia, los cursos de chino habían comenzado mucho antes, concretamente en 1815, en el Collège de France bajo la dirección de Jean-Pierre-Abel Rémusat. Sobre los inicios de la sinología en occidente, véase Honey (2001).
11. Las traducciones de Legge, en 7 volúmenes, aparecerán publicadas en 1861 con el título *The Chinese classics with the translation, critical and exegetical notes, prolegomena, and copious indexes*. Aunque ha pasado ya un siglo y medio desde su edición, la traducción de Legge todavía disfruta de una destacada reputación por su rigor entre los especialistas. Sobre la figura de Legge, véase la extensa biografía de Girardot (2002).
12. William Jardine, patriarca del clan y cofundador de la firma Jardine-Matheson, todavía activa hoy en día como una de las corporaciones más destacadas de Hong Kong, fue el principal impulsor de la guerra sinobritánica de 1839-42.
13. Un análisis más amplio del papel que Occidente ha jugado como norma de la historia moderna china y de cómo ésta ha sido concebida como problemática, la podemos encontrar en Cohen (1984, 3ss).
14. Entre los primeros críticos al enfoque imperialista podemos destacar las aportaciones de Nathan (1972), Esherick (1973) o Lassek (1983), que publican diversos artículos en la revista *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, la cual nació precisamente como reacción contra el posicionamiento de las principales instituciones norteamericanas de investigación sobre los países del Asia oriental.
15. Hay que recordar que figuras punteras de la intelectualidad del siglo XX que ejercieron una influencia enorme en sus contemporáneos, como Michel Foucault, Hayden White, Jacques Derrida, Edward S. Said, Jean-Françoise Lyotard, Jean Baudrillard, etc., publican algunas de sus obras más fundamentales y referenciadas precisamente durante los años 1970.
16. Sobre el análisis regional de la realidad histórica china, véase Skinner (1977 y 1985).
17. Sobre las diferentes facciones de intelectuales chinos que actúan en la corte imperial en el contexto de la Primera Guerra del Opio, véase Polachek (1992).
18. Para un análisis crítico de los planteamientos de Cohen, véase Dirlík (1996 b: 262-268).
19. Beltrán (2006, esp. §27-35) analiza las aportaciones de la obra de Frank y la contextualiza en la producción del conocimiento sobre Asia oriental que ha tenido lugar en el mundo académico, tanto en occidente como en Asia.

20. Para una crítica al eurocentrismo implícito en la crítica al eurocentrismo de Frank, véase Dirlik (2000: 73ss)
21. Podemos destacar la obra de diversos especialistas en historia china, como Pomeranz (2000), Wong (1997) o Waley-Cohen (1999), o la de historiadores con una perspectiva más global, como Bayly (2004) o Hogson (2004).
22. Para una lectura crítica a la influencia de los estudios culturales en la historiografía de la China moderna y contemporánea de los años 1980 y 1990, véase Huang (1998).

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ TEJERO, L. P. (1857). *Reseña histórica del gran imperio de China*. Madrid.
- BAYLY, C. A. (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914. Global Connections and Comparisons*. Oxford: Blackwell.
- BELTRÁN ANTOLÍN, J. (2006). «Re-orient(ar) la historia. Notas para una crítica euro/sino-céntrica», *Revista HMiC* ([http://seneca.uab.es/hmic/2006/orientats/Reorientar la historia.pdf](http://seneca.uab.es/hmic/2006/orientats/Reorientar%20la%20historia.pdf)).
- COHEN, P. A. (1984). *Discovering History in China. American Historical Writing on the Recent Chinese Past*. Nueva York: Columbia University Press.
- DIRLIK, A. (1996). «Reversals, Ironies, Hegemonies: Notes on Contemporary Historiography of Modern China», *Modern China*, vol. 22, núm. 3.
- (1997). *The Postcolonial Aura. Third World Criticism in the Age of Global Capitalism*. Boulder: Westview.
- (2000). *Postmodernity's Histories. The Past as Legacy and Project*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- ESHERICK, J. (1973). «Harvard on China: the Apologetics of imperialism», *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, nov.-dic. 1972, vol. 4, núm. 4.
- FAIRBANK, J. K., Reischauer, E. O. (1989). *China. Tradition and Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.
- FOGEL, J. A. (1994). «The Sino-Japanese Controversy over *Shina* as a Toponym for China», en Fogel, J. A., *The Cultural Dimension of Sino-Japanese Relations*. Armonk: M. E. Sharpe.
- FRANK, A. G. (1998). *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*. Los Angeles: University of California Press
- GIRARDOT, N. J. (2002). *The Victorian Translation of China: James Legge's Oriental Pilgrimage*. Los Angeles: University of California Press.
- GOEBEL, R. J. (1995). «China as an Embalmed Mummy: Herder's Orientalist Poetics», en *South Asiatic Review*, vol. 60, núm. 1 (gen. 1995).
- GOLDEN, S. (2000). Golden, Seán. «From the Society of Jesus to the East India Company: A Case Study in the Social History of Translation», en Rose, M. G. (ed.), *Beyond the Western Tradition. Translation. Perspectives XI*. Binghamton: Centre for Research in Translation, State University of New York at Binghamton.
- GUARNÉ, B. (2005). «Imágenes ominosas. Escarnios e injurias en la representación de la "mujer japonesa"». *La mujer japonesa: Realidad y mito. VIII Congreso de la Asociación de Estudios Japoneses de España (AEJE)*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza; AEJE.
- HEGEL, G. W. (1989). *Lecciones de Filosofía de la Historia*. Barcelona, 1989.
- HOBSON, J. M. (2004). *The Eastern Origins of Western Civilisation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HONEY, D. B. (2001). *Incense in the Altar: Pioneering Sinologists and the Development of Classical Chinese Philology*. New Haven: American Oriental Society.
- HUANG, Ph. C. C. (1998). «Theory and the Study of Modern Chinese History: Four Traps and A Question», *Modern China*, vol. 24, núm. 2, pp. 183-208.
- LASSEK, E. (1983). «Imperialism in China: A Methodological Critique», *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, vol. 15, núm. 1.
- LEGGE, J. (1861) *The Chinese classics with a translation, critical and exegetical notes, prolegomena, and copious indexes* [7 vol.]. Londres: Trübner & Co.

- MUNGELLO, D. E. (1999). *The Great Encounter of China and the West, 1500-1800*. Nueva York: Rowman & Littlefield.
- NATHAN, A. (1972). «Imperialism effect on China», *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, vol. 4, núm. 4.
- POLACHEK, J. M. (1992). *The Inner Opium War*. Harvard: Council of East Asian Studies.
- POMERANZ, K. (2000). *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*. Princeton: Princeton University Press.
- SAID, E. (1978). *Orientalism*. Nueva York: Pantheon.
- SKINNER, G. W. (1977). «Regional Urbanization in Nineteenth Century China», en Skinner (ed.), *The City in Late Imperial China*. Stanford: Stanford University Press, pp. 211-249.
- (1985). «The Structure of Chinese History», *Journal of Asian Studies*, vol. XLIV, núm. 2.
- SPERLING, Elliot (2009). «Tibet and China: the Interpretation of History Since 1850», en *China Perspectives*, 2009/3, pp. 25-37.
- WAYLEY-COHEN, P. (1999). *The Sextants of Beijing: Global Currents in Chinese History*. Nueva York: Norton
- WONG, R. Bin (1997). *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*. Nueva York: Ithaca.
- ZHANG, Longxi (1988). «The Myth of the Other: China in the Eyes of the West», *Critical Inquiry*, vol. 15, núm. 1 (otoño), pp. 108-131.

RESUMEN

PALABRAS CLAVE: China; Historiografía, Discurso, Imperialismo, Culturalismo.

Desde la Edad Media hasta nuestros días, el mundo occidental ha reelaborado de manera constante su representación de la historia de China. El mismo nacimiento de la historia de China como disciplina durante el siglo XIX, en un contexto de dominación colonial, ha determinado el marcado carácter etnocéntrico de los diferentes enfoques historiográficos que han intentado acercarse a la realidad china. Sólo en las últimas décadas se ha producido un giro radical en la obra de los historiadores de China, a pesar de que los debates sobre temas fundamentales siguen abiertos.

LABURPENA

GILTZARRIAK: Txina, Historiografia, Diskurtsua, Inperialismoa, Kulturalismoa.

Erdi Arotik gaurdaino Mendebalak etengabe berregin du Txinako historiaren irudikatzea. Txinako historia irakasgai gisa XIX. mendean ezarri zen, garai hartako testuinguruan Txina kolonia bat zen, eta horren ondorioz etnozentrikoak izan dira Txinako errealitatea ulertzean garatu diren ikuspegi historiografikoak. Azken hamarkadetan Txina ikertu duten historialarien jarduna erabat aldatu bada ere, gai funtsezkoenen eztabaidak irekia darrai.

ABSTRACT

KEYWORDS: China; Historiography; Discourse; Imperialism; Culturalism.

From the Middle Ages to our day, the West has constantly recreated its representation of the history of China. The very birth of the history of China as a discipline during the 19th century, within a context of colonial domination, has determined the clearly ethnocentric character of the different historiographic viewpoints that have attempted to comprehend the reality of China. Only in the last decades has there been a radical change in the works of historians of China, although the debates about fundamental issues are still open.